

3. Consideraciones Finales.

El aspecto más relevante de la primera parte de *Poética* 4 reside -según mi interpretación- en el carácter físico e innato de la habilidad mimética en cuanto forma primaria del deseo de conocimiento que comparten todos los hombres (sean o no filósofos), y que se halla concomitantemente ligado al placer de aprender. A partir del modelo esquemático de las artes visuales se deriva una creciente complejización para las distintas formas artísticas, tanto en lo que respecta al conocimiento como al placer mimético. Esta complejización es desarrollada en *Poética* 9, en donde Aristóteles a través de la comparación entre poesía e historia, concibe a la universalización de las acciones como la actividad propia (*ἔργον*) del poeta. La universalidad poética se logra -a mi juicio- a través de la estructura necesaria o probable de las acciones en el encadenamiento de la trama (*μῦθος*). Asimismo, he señalado que la superioridad de la poesía sobre la historia no reside en el objeto del que cada una se ocupa, sino en el grado de conocimiento del que cada una es capaz. Aún cuando el poeta -mediante la estructuración causal de las acciones- tiene un auténtico conocimiento de las mismas, la comparación no implica necesariamente la descalificación de la historia como género. El descubrimiento del vínculo metodológico entre ambas disciplinas, a saber, la observación metódica de las acciones y acontecimientos, permite salir de un esquema maniqueo de oposición. La actividad mimética -en cuanto forma primaria de aprendizaje humano- conlleva un proceso de conocimiento. Las representaciones miméticas tanto artísticas como no-artísticas permiten aprender algo sobre lo representado, que sólo puede ser aprehendido a través de su representación. La mediatización que necesariamente impone la *mimesis* permite acceder a la inteligibilidad de lo representado. En conclusión, el vínculo intrínseco entre aprendizaje y placer que se pone en juego en la experiencia mimética constituye -a mi entender- la actualización de la naturaleza fundamentalmente cognitiva del hombre.

La confrontación de los estudios filológicos sobre los orígenes etimológicos de la palabra, los diversos intentos por reconstruir la significación de la noción aristotélica de *mimesis*, así como la consideración de las lecturas contemporáneas de la *Poética*, revelan que a pesar del desarrollo de los instrumentos metodológicos, la lectura del tratado continúa enfrentado a cada uno de sus lectores con los supuestos primordiales sobre la naturaleza y finalidad del arte

poético, y del arte en general. La peculiaridad de la *Poética* reside en que es la primera obra de la antigüedad que presenta un tratamiento sistemático de la poesía. Aristóteles es el primero en reconocer la singularidad de la producción poética como un ámbito que -si bien está entrelazado a la ética, a la retórica, en cierta medida a la lógica y quizás, también a la historia natural- tiene sus propias reglas. Pero la ambigüedad y el carácter rudimentario de la obra han alimentado y alimentan los más diversos credos estéticos. La riqueza de la *Poética* parece ser infinita. La obra o más precisamente, su lectura no parece encontrar límites a su reescritura siempre diversa a lo largo de su asombrosamente extensa historia cultural y efectual. Más allá del rigor erudito o del interés crítico, cada uno de sus lectores ha pretendido en cierto modo escribir -al igual que Menard- nuevamente la *Poética* no a partir de Aristóteles, sino a través de sí mismos. De igual modo, debo reconocer que este trabajo no está exento de tal pretensión.

La Plata, primavera de 2004.